

CAPITULO XXXVI.

EL 9 DE FEBRERO DE 1913.

El Comandante Militar de la Plaza de México, General don Lauro Villar, había tenido, días antes del 9 de Febrero, noticia de que se incitaba a los oficiales de la guarnición, especialmente a los de los Regimientos de Artillería, para que se rebelaran contra el Gobierno, y había dado cuenta del hecho al Ministro de la Guerra, pidiéndole reforzara la guarnición con algún cuerpo de toda confianza. Al mismo tiempo había llamado a los Jefes de las diversas unidades militares, de guarnición en México, y los había exhortado a que vigilaran con todo cuidado a las corporaciones que mandaban y especialmente a los oficiales que se juzgaban complicados en el movimiento.

El sábado ocho de Febrero, el Ministro de la Guerra, que como he dicho, tuvo oportuno aviso de lo que iba a pasar, llamó al Jefe de la Plaza, en la tarde, y le refirió que en la Secretaría se habían recibido las mismas noticias que días antes había él dado, y en vista de ellas, le recomendó tomara las providencias que juzgara necesarias para evitar una sorpresa.

El Comandante Militar hizo notar al Ministro que había advertido el peligro hacía ya varios días, y que repetía que no tenía en la plaza fuerzas suficientes para contener un motín militar, si llegaba a estallar; pues só-

lo existían dos cuerpos, el 20 Batallón en el que él no tenía ninguna confianza, pero que merecía todas las del Presidente de la República; y el primer Regimiento de Caballería, que mandaba el Coronel Anaya, en el que tampoco tenía fe, por ser su jefe admirador del General Reyes, pero de todas las confianzas del Ministro de la Guerra; y algunos piquetes de diversos batallones, todos ellos formados por reclutas, de escaso valor táctico en caso dado. "Bueno, le contestó el Ministro, pues con lo que tienes a ver qué haces, porque no hay modo de darte más."

De regreso en la Comandancia Militar, el General Villar por teléfono, mandó llamar a todos los jefes de corporaciones y nuevamente recomendó que ejercieran mucha vigilancia sobre sus fuerzas y ordenó un acuartelamiento para esa noche, en cuartel de alarma, previniendo a los jefes que permanecieran en sus respectivos cuarteles hasta nueva orden.

El General Villar se encontraba enfermo de una pierna, al grado de no poder caminar y por tal motivo esa noche no pudo quedarse a dormir en la Comandancia Militar, pero ordenó que el Mayor de Plaza, General Villarreal pasara la noche en la Comandancia y le diera aviso inmediato por teléfono, si ocurría alguna novedad.

A las dos de la mañana el Inspector General de Policía telefoneó a la casa del General Villar, que tenía noticia de que había unos automóviles sospechosos cerca del Cuartel del Segundo Regimiento de Artillería, cuartel que se encuentra en Tacubaya. El General Villar inmediatamente telefoneó al Mayor de Plaza, ordenándole inquiriera qué pasaba en Tacubaya, y le diera aviso por teléfono del resultado de sus investigaciones. El

General Villarreal habló por teléfono con los Capitanes de vigilancia y de guardia y estos le informaron que en efecto, habían pasado por el Cuartel unos automóviles; pero que no había novedad y todo estaba tranquilo.

Poco después de las cuatro de la mañana volvió a telefonar el Inspector General de Policía, avisando que habían salido de sus cuarteles el 2o. y el 5o. Regimientos de Artillería y el 1ro. de Caballería, y que estas fuerzas se dirigían a México, a las órdenes de los Generales Gregorio Ruiz y Manuel Mondragón. En el acto vistióse el General Villar y arrastrándose materialmente, pues tenía la pierna izquierda completamente paralizada, salió a la calle dirigiéndose a Palacio. (1) A pocos pasos encontró un coche de sitio de los de velada, y le ordenó lo condujera al Palacio Nacional; pero al llegar a la esquina de Flamencos, un grupo de Aspirantes, que llevaban en un carro dos ametralladoras, marcáronle el alto al cochero, y uno de ellos, sin fijarse en quien iba en el carruaje, ordenó que el cochero siguiera sin detenerse frente a Palacio, "no fueran a matarle un caballo."

El General procuró no ser visto, y haciéndose cargo de lo que pasaba, también ordenó al cochero continuara de frente por el Portal de las Flores. Cuando se alejó del grupo de aspirantes, dió contra-orden al cochero, haciendo que el carruaje pasara cerca del jardín del Zócalo y así cruzó frente al Palacio, observando que la puerta principal estaba abierta, lo mismo que la de honor, y que la fuerza estaba formada. Reconoció el uniforme de los aspirantes entre los soldados que estaban en ambas puertas, comprendiendo, por el movimiento

(1)—El General Villar vivía en aquella época, en la calle del Correo Mayor, entre las calles de San Felipe Neri y Acequia, esto es, a dos cuadras del Palacio Nacional.

que se notaba, que ya los rebeldes se habían apoderado del Palacio.

En el acto ordenó al cochero lo llevara al Cuartel de San Pedro y San Pablo, donde estaba alojado el 20 Batallón. Al llegar, cerca de la esquina, abandonó el carruaje que marchaba muy lentamente y apoyado en el hombro de un indio que pasaba por la calle y a quien pidió ayuda, se acercó; llamó a la puerta del Cuartel y se dió a reconocer. En el acto ordenó que se levantara la tropa, esto es, los reclutas, que eran los únicos que estaban en el cuartel, pues el Batallón estaba dando el servicio de plaza. Una vez hecho esto, dispuso que el Jefe del Batallón, Coronel Morelos, se dirigiera con aquella fuerza a Palacio y entrando por el Cuartel de Zapadores (2) desalojara a los rebeldes, costara lo que costase.

Apoyado en dos soldados, se dirigió el General Villar al Cuartel de Teresitas, donde estaba la matriz del 24 Batallón, también con unos reclutas, y procedió como había hecho en el anterior cuartel. Allí se encontraba ya el Mayor de Plaza, General Villarreal, quien al tener noticias de lo ocurrido en Tacubaya, había salido del Palacio en busca del Comandante Militar, y no habiéndolo encontrado en su casa, lo buscaba en los cuarteles. Al ver el General Villar a su segundo, le ordenó fuera inmediatamente a posesionarse de la Ciudadela, para evitar la sorprendieran los revolucionarios. El, al frente de los reclutas del 24 Batallón, se dirigió al Cuartel de Zapadores. El bravo soldado había olvidado sus dolores físicos, y sin medir los escasos elementos de que disponía, ni la fuerza que tenía que batir, sólo pensa-

(2)—Este Cuartel queda en el costado Sur del Palacio Nacional, en la calle que lleva el nombre de "La Acequia."

ba en recuperar el Palacio antes que la ciudad despertara.

El General Villar encarnaba en esos momentos al verdadero soldado mexicano; sereno, inmutable, llegando hasta la heroicidad, sin temores ni vacilaciones.

Al llegar al Cuartel de Zapadores encontró que había un piquete de quince hombres de caballería, que habían llegado a la capital la víspera; en el acto ordenó se armaran y lo acompañaran. Mandó romper con una hacha la puerta que comunica al Cuartel con el Palacio Nacional, y entró, dividiendo su fuerza en tres grupos: Treinta hombres al mando del Mayor del 24 Batallón, se dirigieron a la puerta principal y 22 hombres al mando de un Capitán, debían posesionarse de la puerta de honor. Los quince de caballería, al mando de su ayudante el Capitán Malagamba, que se le había incorporado en el trayecto, seguían como sostén a ambas fuerzas. El General Villar, iba, pistola en mano, al frente de los tres pelotones.

Casi simultáneamente y con la bayoneta calada, pues había que evitar la alarma que las detonaciones producirían, cayeron ambas fuerzas sobre las dos guardias de Palacio al grito que el Comandante Militar daba de "ríndanse y orden." La guardia de la Puerta de Honor se rindió en seguida. Igual cosa sucedió con la Puerta del Centro, sin necesidad de disparar un tiro, ni herir a nadie: La presencia del Comandante Militar había bastado para volver al orden a los soldados rebeldes. Fueron desarmados los oficiales y soldados, y conducidos a las cocheras donde quedaron presos, junto con los aspirantes, bajo la inmediata vigilancia del General don Felipe Mier, que a la sazón había llegado a presentarse a la Comandancia Militar. Para vigilar a los pre-

tos, se pusieron a las órdenes del General Mier los quince hombres de caballería: Los cincuenta y dos soldados restantes, pertenecientes al 24 Batallón, fueron distribuidos convenientemente para evitar una sorpresa. En esos momentos apareció el Coronel Morelos al frente de los reclutas del 20 Batallón.

El Coronel Morelos había llegado, como le ordenó el General Villar, al Cuartel de Zapadores; pero enterado del número de hombres que había en Palacio, juzgó temeraria la empresa y prefirió entrar por la Secretaría de Guerra, por la puerta que da a la calle del Correo Mayor, y tomar las alturas desde las azoteas del Ministerio, para desde arriba dominar a los que estaban en el Palacio. No encontrando resistencia, bajó con su fuerza recogiendo los centinelas y al llegar al patio se unió con el General Villar. Inmediatamente tomó éste las disposiciones conducentes para rechazar el ataque que juzgó no tardarían en emprender los pronunciados, al mando de los Generales Reyes, Mondragón y Félix Díaz.

Al recuperar el Palacio el General Villar encontró a los señores Gustavo A. Madero, que estaba preso en el Cuerpo de Guardia, de la Puerta Principal y al General Angel García Peña, Ministro de la Guerra, quien también según dijo, fué prisionero de los rebeldes y aún había resultado herido en la cara, al verificarse su aprehensión.

Don Gustavo Madero, al regresar de Tacubaya los amigos que había enviado, se fué a Palacio, sin saber que ya se encontraba en poder de los rebeldes: Al llegar, nadie le hizo resistencia; pero apenas bajó del automóvil, al atravesar el Cuerpo de Guardia, fué rodeado por los aspirantes, quienes lo redujeron inmediatamente a

prisión imposibilitándole la sorpresa el presentar resistencia.

El Ministro de la Guerra, también había llegado a Palacio poco después de recibir la noticia que le comunicó el Inspector General de Policía, por teléfono, de la salida de las fuerzas de Tacubaya. Al llegar, tampoco encontró resistencia, y se dirigió a la Comandancia Militar en busca del General Villar; pero al comenzar a subir las escaleras, un grupo de Aspirantes que precisamente bajaba de buscar al Comandante Militar, le reconoció, disparando su pistola sobre él uno de los alumnos. La bala rompió la puerta de vidrios de la Comandancia y al saltar los pedazos hirieron en la cara al Ministro, salpicando algunas gotas de sangre la pechera de su camisa. El General García Peña retrocedió violentamente, y a favor de la obscuridad que reinaba en los corredores de Palacio, pues todas las luces estaban apagadas, pudo ganar las habitaciones del Conserje de la Secretaría de Guerra, donde permaneció escondido en unión del Subsecretario, General Plata, a quien encontró allí, mientras se desarrollaban los acontecimientos que acabo de narrar. Al descender el Coronel Morelos con sus soldados de la azotea del Ministerio de la Guerra, los señores Ministro y Subsecretario se enteraron de lo que había pasado y tomando un automóvil se dirigió violentamente el señor García Peña a Chapultepec, para avisar al Presidente de la República lo ocurrido. El Subsecretario se instaló en las Oficinas del Ministerio y don Gustavo Madero salió en su automóvil.

Una vez que el General Villar recuperó el Palacio, procedió a dividir en pelotones la fuerza que tenía y que ascendía en total a ciento cincuenta hombres. El General Felipe Mier quedó al mando de treinta hombres,

custodiando a los oficiales y soldados presos y que eran los que daban la guardia ese día en Palacio, más los Aspirantes, haciendo un total de cerca de trescientos prisioneros; al mismo tiempo, debía vigilar la puerta de entrada por el Cuartel de Zapadores. El piquete del 20 Batallón a las órdenes del Coronel Morelos, se situó, pecho a tierra la primera cadena y rodilla en tierra la retaguardia, dos metros adelante de la banqueta de Palacio, al Norte de la puerta del Centro. Los cincuenta y dos reclutas del 24 Batallón, a las órdenes del Mayor del mismo, fueron colocados al Sur de la Puerta del Centro pero junto a la banqueta, también pecho a tierra la primera cadena y rodilla en tierra la segunda. En el centro se colocó el Comandante Militar, con el ayudante de la Comandancia, Capitán Malagamba, y dos ametralladoras, con la consigna de que nadie se moviera mientras el General Villar no diera la orden de fuego. Como no había oficiales de artillería que manejaran las ametralladoras, hubo que confiarlas a los soldados más entendidos. Así, el General Villar, con 52 hombres en cuya lealtad podía confiar, vigilaba a los del 20 Batallón, que fácilmente podían hacer causa común con sus compañeros rebeldes, sobre todo, si la suerte era dudosa para las tropas leales, y defendía con unos y otros, el puesto que con tanta bizarría había recuperado. Poco después de colocada la tropa en el dispositivo que dejo narrado, se presentó la avanzada de los rebeldes, mandada por el General Gregorio Ruiz y el Coronel Anaya; formada por dos escuadrones del 1er. Regimiento de Caballería. Los soldados llevaban empuñadas las carabinas e iban en columna. Al llegar frente a Palacio, el General Ruiz ordenó que se desplegaran en tiradores, quedando la línea a veinticinco pasos de las tropas leales.

El enemigo estaba al frente; pero el heroico Comandante Militar de la plaza, no obstante que veía que sólo la avanzada de los rebeldes era superior, en más del doble, a la tropa con que contaba, no vaciló un instante, y con voz imperiosa ordenó que nadie se moviera. El General Ruiz, al ver el estoicismo con que el General Villar esperaba los acontecimientos y la poca fuerza de que disponía, creyó posible atraerlo a la causa rebelde, y ganar el puesto sin disparar un tiro. Para ello se adelantó a hablar con el Comandante Militar, enviándole primero a un paisano con un recado y al fin acercándose hasta la puerta del Centro: El General Villar adelantó unos pasos y sin abandonar su línea, se puso al habla con el jefe rebelde.

El General Ruiz habló a su compañero recordándole la buena amistad que siempre habían llevado; la inutilidad del esfuerzo que iba a hacer; le hizo mención de lo fuerte que era la columna que iba sobre Palacio, de los males que al País estaba causando el Gobierno del señor Madero, y concluyó proponiéndole se uniera al movimiento y entregara el punto; haciéndole ofertas importantes en nombre de los jefes de la rebelión. El General Villar le escuchó, y maliciosamente fué retrocediendo hasta quedar colocado el grupo que formaba con el General Ruiz, entre las fuerzas del 20 y las del 24 que estaban frente a Palacio; el General Villar entonces, tomó con la mano izquierda las riendas del caballo del General Ruiz y por contestación le dijo: "es usted mi prisionero, jamás he defecionado; soldado desde la intervención francesa, siempre he servido con lealtad; no mancharé mi hoja de servicios por nadie, ni por nada. No debo preocuparme por el número que me ataca, estoy obligado a defender este puesto, confiado

a mi honor, y lo defenderé mientras viva. Como soldados, no nos toca discutir los actos del Gobierno, nuestro deber es defender el poder constituido. Baje usted del caballo, y no me obligue a que estas ametralladoras le hagan fuego;" y sin soltar las riendas, ordenó que las dos ametralladoras apuntaran sobre el jefe rebelde.

El General Ruiz hizo un movimiento pretendiendo llevar la mano a la pistola que guardaba en la silla de montar; pero el General Villar, con energía ordenó: arriba esa mano, baje usted del caballo, soy su jefe y le ordeno que baje del caballo." El General Ruiz obedeció siendo entregado al General Cáuz, Jefe del Departamento de Caballería en el Ministerio de la Guerra, que llegaba en esos momentos. El ayudante avisó al General Villar que ya se avistaba el grueso de la columna y no pudiendo disponer de un solo soldado, para cuidar al prisionero, lo entregó al General Cáuz diciéndole: "Ud. señor General, me responde de este hombre. A su honor de soldado lo confío."

Rápidamente volvió el General Villar al frente de sus tropas; en esos momentos avanzaba el General Reyes, cuya vanguardia, formada por la Escuela de Aspirantes, desfilaba frente al Palacio: Al entrar en la valla, iba casi solo, le seguían dos paisanos a pie y unos cuantos hombres a caballo; pero conforme fué avanzando, como ya he dicho, fueron invadiendo la valla, contra sus expresas órdenes, muchos otros. Cuando pasó frente a la puerta del centro, iba completamente rodeado por hombres armados y seguido por las fuerzas a que me he referido más arriba.

El número de fuerzas que iban en esos momentos a las órdenes de los Generales Reyes, Félix Díaz y Mondragón era de cerca de tres mil hombres; de los que 400

eran del 1.º de Caballería, 200 de la Escuela de Aspirantes, 200 del 20 Batallón, 500 de los Regimientos de Artillería; 1000 entre el Regimiento de Ametralladoras, el Batallón de Seguridad y los Gendarmes Montados y de a pie que se les habían unido, y el resto, paisanos que habían organizado el doctor Espinosa de los Monteros, don Martín Gutiérrez, don Fidencio Díaz López, don José Bonales Sandoval, un señor Ramírez y algunas otras personas.

Para resistir esas fuerzas que llegaban bien municionadas, con seis cañones y 14 ametralladoras, el Comandante Militar de la Plaza sólo contaba con 120 hombres y dos ametralladoras, no teniendo parque más que para diez minutos de combate.

El General Villar midió la magnitud de la empresa; pero no vaciló. Dirigiéndose a los oficiales que estaban cerca, les dijo: "Muchachos, si nuestro destino es morir, muramos defendiendo el honor del Ejército." En seguida dispuso que su corneta de órdenes, hombre de toda su confianza, corriera a situarse en el extremo Norte de Palacio, dándole instrucciones reservadas.

El General Reyes había desembocado con sus fuerzas por la calle de la Moneda, doblando a la izquierda, frente al Palacio Nacional y sin detenerse, avanzó. Llegó al frente de la Puerta del Centro, donde estaba el General Villar, quien le marcó el alto; pero el General Reyes o no le escuchó o no quiso detenerse, pues siguió de frente, arengando a la multitud que le seguía y vitoareaba, hasta como a cinco metros hacia el Sur de dicha puerta, donde cayó muerto.

El General Villar que disponía de muy poco parque, pensó seguramente dejar entrar a todos los jefes de la rebelión en la valla, y una vez dentro, aprehenderlos,

como había hecho con el General Ruiz o acabar con ellos, si no había otro remedio; juzgando que la caída de los jefes sería el fin de la revuelta, sofocándola con la menor efusión de sangre posible. Pero al rebasar la puerta del centro el General Reyes sin detenerse, no obstante la intimación que se le hizo, los hombres que le seguían se echaron sobre los soldados del 20 que estaban en el suelo, casi todos ellos reclutas. Los soldados a las órdenes del Coronel Morelos, retrocedieron sobre la puerta. Allí el General Villar, pistola en mano, los contuvo, y comenzó un tiroteo que se generalizó a los pocos momentos, pues los soldados del 20 y del 24, para defenderse de los paisanos y del 1.º de Caballería, que hacían fuego sobre ellos, también lo hicieron, replegándose al ver que agotaban sus municiones los del 24, sobre la puerta, en la que estaba el General Villar haciendo funcionar las ametralladoras.

El General Reyes había caído a los primeros tiros, con un balazo de pistola en la cabeza y muchos en las piernas, procedentes de las ametralladoras. Las fuerzas leales rehechas a la voz de su Jefe, comenzaron a batir a las de caballería y artilleros, que inmediatamente retrocedieron, parapetándose en las columnas de los portales de las Flores, acabando por dispersarse.

El General Villar dió orden de que entraran las tropas leales en Palacio y dejando parte de ellas en la puerta del Centro, con las dos ametralladoras, encomendó el mando al General don José Delgado, que llegaba en esos momentos; con el resto de la tropa, después de municionarla nuevamente, con el parque que se había quitado a los aspirantes y soldados desarmados, subió rápidamente a la azotea para darse cuenta de la situación del enemigo, creyendo que el resto de la columna, ya rehe-

cha, al mando de los señores Mondragón y Félix Díaz, no tardaría en arrojarse sobre Palacio, pues debían saber, o cuando menos suponer, que había agotado sus municiones. Cuando el General Villar llegó a la azotea, los rebeldes habían desaparecido. Inmediatamente organizó un servicio de vigilancia en las alturas del edificio y bajó a levantar el campo.

Las tropas leales habían sufrido mucho: de los reclutas del 20, habían muerto 12 y estaban heridos 16; su jefe el Coronel Morelos, el Teniente Anaya y otro oficial, habían muerto; los demás estaban heridos: del 24 había cinco heridos. El Comandante Militar tenía una herida en el cuello, que le había fracturado la clavícula; y su ayudante, el Capitán Malagamba, tenía cuatro heridas. Los rebeldes por su parte, habían perdido al General Reyes y yacían en el pavimento como doscientos hombres entre muertos y heridos. Como con el General Reyes habían entrado combatientes vestidos de paisanos, fué imposible identificar si todos eran simples curiosos o eran de los que se habían unido a la asonada.

Los médicos militares, que habían acudido inmediatamente, pretendieron llevarse al General Villar para hacerle la curación que su herida requería, pues estaba bañado en sangre; pero el pundonoroso Jefe no quiso abandonar el puesto (y no lo abandonó hasta la llegada del Presidente de la República.)

Cuando llegó el señor Madero, dos horas y media después del combate, el General Villar permanecía aún en pie, frente a la puerta principal del Palacio Nacional. Allí recibió al Jefe de la Nación, quien al verlo, lo saludó con estas palabras: "qué hombre es usted, General!"—"Señor, he cumplido con mi deber"—Contestó el General Villar.—"Pero está usted herido?"—

repleció el señor Madero.—"He recuperado el punto, que era lo esencial."—repuso el comandante de la Plaza.—"Entregue usted el mando al General Delgado, y venga usted conmigo,"—le dijo el Presidente, bajando del caballo que montaba, y tomando del brazo al General Villar, lo condujo al elevador y de allí a los salones de la Presidencia, donde se le hizo la primera curación.

Cuando estaban los médicos preparando lo necesario para curarlo, se le acercó el Ministro de la Guerra y le dijo: "Lauro, por acuerdo del Presidente, he nombrado Comandante Militar de la Plaza, mientras te curas, a Victoriano" y señaló al Gral. Huerta, que había llegado con el señor Madero a Palacio. El General Villar miró fijamente al General García Peña, e intentando incorporarse, cosa que ya no consiguió, por la sangre que había perdido, se dirigió al designado y le dijo: "Júrame por tu honor que quemarás hasta el último cartucho en defensa del Gobierno constituido."

Como el General Huerta no respondiera a aquella interpelación, el General Villar le repitió la pregunta dos veces más. A la tercera, el interpelado contestó: "Sí, hermano, tranquilízate."

—"Hasta el último cartucho...." balbució el General Villar cayendo en síncope.

Los médicos, al ver la herida, la calificaron de grave, y ordenaron fuera llevado inmediatamente a su alojamiento. Brevemente se hizo la entrega de la Comandancia Militar y el General Villar dispuso se le llevara al Hospital Militar.—"Estará usted mejor en su casa," le dijo el señor Madero.—"Sí, contestó Villar, pero debo ir donde van mis soldados, he sido herido junto a ellos, junto con ellos debo curarme."

En un automóvil fué llevado al Hospital Militar; al llegar, su estado inspiraba a los médicos que lo recibieron, gran cuidado. El esfuerzo que había hecho, que momentáneamente le hizo desaparecer todo dolor y la pérdida de la sangre, ponían su vida en grave riesgo. (3)

(3)—Los anteriores datos me fueron dados por un testigo presencial y están completamente de acuerdo con el parte oficial rendido a la Secretaría de Guerra.



CAPITULO XXXVII.

LA ULTIMA OVACION

El General García Peña, como he dicho más arriba, al recuperar el General Villar el Palacio, tomó su automóvil y se dirigió violentamente a Chapultepec, para dar cuenta al Presidente de la República de lo que había acontecido hasta su salida de Palacio. El señor Madero dispuso ir inmediatamente a la ciudad, acompañado de los alumnos de Colegio Militar y de algunas otras fuerzas, a las que se dieron órdenes por teléfono, de salir inmediatamente para Chapultepec.

Los alumnos del Colegio Militar aún no tomaban su desayuno, y estaban arreglándose para salir de paseo, por ser domingo, cuando recibieron la orden de armarse, municionarse y formar inmediatamente por compañías en el patio del Colegio. Una vez formados, les habló el Presidente de la República, diciéndoles que había ocurrido un motín militar en México, el que había sido ya sofocado, y que, como desgraciadamente, en él habían tomado participación los alumnos de la Escuela de Aspirantes, deseaba ir a la ciudad en medio del Colegio Militar, para que se viera que la juventud del Ejército era leal al Gobierno Constituido. Que como ya no había enemigo, pues el Comandante Militar había reducido al orden a los revoltosos, realmente iban a dar un paseo triunfal, del que quería participaran los alumnos

que se educaban en Chapultepec y en cuya lealtad tenía plena confianza. El Director del Colegio también dijo algunas palabras de encomio para los alumnos y de agradecimiento para el Presidente de la República que se entregaba a la lealtad del Colegio Militar, y montando el Presidente a caballo, salieron del Castillo rumbo a la Ciudad.

Al llegar al bosque, encontraron en formación de infantería y con armas, al Cuerpo de Bomberos, que se puso a la vanguardia de la columna; una compañía del Batallón de Seguridad y un escuadrón de la Gendarmería Montada, que había llegado poco antes, al mando del Inspector General de Policía, don Emiliano López Figueroa. El señor Madero se colocó en el centro, en medio del Colegio Militar, que iba mandado por su Director, el Teniente Coronel Víctor Hernández Covarrubias.

La marcha se hizo lentamente, tomando toda clase de precauciones durante el trayecto de la Calzada de la Reforma. Al pasar frente al Café Colón, se incorporó el General don Victoriano Huerta, poniéndose al lado del Presidente. Al llegar la comitiva a la estatua de Carlos IV, siguió por la Avenida Juárez, sin dejar de tomar las precauciones que el caso requería.

Cuando el Presidente y sus acompañantes llegaron frente a las obras del Teatro Nacional, se encontraron con los dispersos rebeldes que huían de la Plaza de Armas, y a quienes el Capitán José Tapia, había logrado medio organizar en la calle del Cinco de Mayo. Esta fuerza iba rumbo a la Ciudadela, con la mira de unirse al resto de la columna rebelde. Al avistarse ambas fuerzas, hubo algunos disparos, pero el Capitán Tapia violentamente retrocedió con sus soldados sobre el Correo,

y tomando la Avenida de los Hombres Ilustres, se unió en el Jardín de San Fernando con los Generales Félix Díaz y Mondragón. Mientras, desde las azoteas de los edificios de la calle del 5 de Mayo, se hicieron algunos disparos sobre el señor Madero. Uno de ellos mató al gendarme que estaba al lado del Presidente.

En el momento de los disparos hubo la natural confusión y los acompañantes del señor Madero lo obligaron a entrar en la Fotografía Daguerre, donde permaneció mientras el Colegio Militar y los Bomberos avanzaban hasta la Plaza de Armas, al mando del General Huerta. Quedaron custodiando al Presidente diez alumnos del Colegio Militar, a las órdenes del Sargento García Peña y un piquete de quince hombres de la Gendarmería montada, únicos que quedaban del escuadrón que había salido de Chapultepec. Los demás, habían desertado.

El grueso de la columna se dividió en tres grupos, tomando cada uno una de las tres grandes avenidas—5 de Mayo, San Francisco y 16 de Septiembre—que desembocan en la Plaza de Armas.

Al llegar a la esquina de la Profesa, comenzaron a ser tiroteados los bomberos y los del Batallón de Seguridad, sin que se hiciera fuego sobre el Colegio Militar. Los disparos eran hechos desde la azotea del edificio de La Mexicana (1) y desde las torres de la Catedral. Al ser heridos algunos individuos del Batallón de Seguridad, toda la compañía dió media vuelta, dispersándose por la Avenida Isabel la Católica: El Colegio quedó sin retaguardia.

(1)—Este edificio está situado en la esquina de las calles de San Francisco e Isabel la Católica, frente al Templo de la Profesa.

El General Mondragón y don Félix Díaz, al tener noticias, en la calle del licenciado Primo Verdad, de la muerte del General don Bernardo Reyes, con el resto de la tropa que había quedado a sus órdenes, en vez de reforzar el ataque, que no habrían podido repeler los defensores del Palacio, porque carecían de parque, se dirigieron a la Plazuela del Carmen y de allí, por las calles del Relox y las de Mina, hacia la Ciudadela, llegando a la calle de Rosales, cuando acababa de pasar por la esquina el Presidente de la República y las fuerzas que lo acompañaban.

Al desembocar los alumnos del Colegio Militar en la Plaza de Armas, hubo otra confusión que pudo haber sido de graves consecuencias, porque ni el jefe de la columna, ni el Director del Colegio, ni los oficiales que iban con los alumnos, supieron dar las órdenes conducentes o éstas fueron mal interpretadas. Los alumnos entraron en la Plaza al toque de "ataquen" y los defensores del Palacio Nacional, a quienes no se había advertido la llegada del Colegio Militar, creyeron que los que llegaban eran los señores Mondragón y Félix Díaz, y se aprestaron a repelerlos. Afortunadamente, uno de los sargentos del Colegio Militar, el alumno Padilla, comprendió lo que pasaba y dió orden al corneta de que tocara "cese el fuego" y la contraseña del Colegio Militar. Al oír en Palacio la contraseña, inmediatamente cesó el fuego; pero en el tiroteo, que había motivado el primer toque, murió uno de los oficiales del Colegio. A los alumnos nada les pasó, tomando abrigo inmediatamente tras de las columnas del Portal de Mercaderes y la Diputación, y así siguieron avanzando, hasta que de las fuerzas del Palacio se destacó un oficial con dos soldados a hacer un reconocimiento, avanzando ya sin tropiezo alguno.

Cuando llegaron frente al Palacio, se les colocó, formando un cordón, al rededor de los muertos que había tirados en el pavimento, mientras se levantaba el campo: se colocaron pelotones en las boca-calles y otros en la azotea del Palacio Municipal. Hecho esto, se avisó al señor Madero.

El Presidente volvió a montar a caballo y se dirigió al Palacio rodeado de gran cantidad de pueblo que lo aplaudía y vitoreaba. Aquella ovación sería la última. Su aspecto era radiante; iba en medio de gente del pueblo, al que siempre había querido halagar y del que siempre había recibido demostraciones de cariño. Algunos de sus Ministros que se le habían reunido en el trayecto, lo acompañaban a pie. Al salir de la Fotografía Daguerre, el General García Peña había dicho al Presidente: "Señor, como al General Villar lo han herido, con permiso de usted voy a nombrar Comandante Militar de la Plaza a Victoriano." El señor Madero, que no tenía ninguna simpatía por el General Huerta, y no sabía disimular sus impresiones, puso muy mala cara, y no respondió; pero el Ministro de la Guerra insistió, y el Presidente lo autorizó para que lo pusiera al frente de la columna. Cuando llegaron a Palacio, nuevamente pidió autorización para nombrarlo Comandante Militar, presentando al General Huerta a quien cariñosamente llevaba de un brazo, y agregó: "ya ve usted, ha sido el primer jefe que se le ha unido." El General Huerta entonces, dirigiéndose a la multitud, gritó: "Pueblo mexicano, viva el Presidente de la República." El señor Madero, con aire de disgusto, contestó al General García Peña: "Está bien, nómbrelo usted."

Instalado el Presidente en Palacio, después que pasaron los incidentes que he referido en el Capítu-

do anterior, el nuevo Comandante Militar ordenó que los alumnos del Colegio, fueran reconcentrados en la calle de la Acequia, frente al Cuartel de Zapadores. Sólo tres pelotones quedaron en el interior de Palacio, prestando servicios de guardia en algunas dependencias; pero al poco tiempo, fueron relevados por los rurales que llegaron de la Villa de Guadalupe y por los soldados del 20 que habían sido desarmados en la madrugada y a quienes se reorganizó rápidamente, bajo el mando de otros oficiales.

Los alumnos del Colegio Militar estuvieron hasta las seis de la tarde, sin probar bocado, sin descansar un momento y sin que su director pareciera preocuparse por buscarles alguna comodidad. (1)

Los vecinos de las calles de la Acequia y adyacentes, condolidos de los alumnos, comenzaron en la tarde, a llevarles qué comer. A las diez de la noche, el General Huerta ordenó que regresaran al Castillo de Chapultepec de donde ya, en conjunto, no volvieron a prestar ningún servicio durante la rebelión.

Cuando el señor Madero llegó a Palacio, acordó con sus ministros salir inmediatamente para Cuernavaca y reunirse a la columna que al mando del General Felipe Angeles hacía la campaña contra los zapatistas. Se juzgó sumamente expuesto que el Presidente quedara en la ciudad, cuando no había fuerzas suficientes para defenderla, si los rebeldes de la Ciudadela intentaban un

(1)—Cuando el pronunciamiento de la Ciudadela en 1871, el General Rocha, en el parte oficial que rindió, puso las siguientes frases: "Fué notable también el entusiasmo con que algunos alumnos del Colegio Militar, que andaban francos, se me presentaron pidiendo armas; pero yo los mandé a presentarse a Ud. en Palacio, por no creer conveniente que la sangre de esa preciosa juventud se derramase tan temprano."

ataque. A las 4 de la tarde, salió en unión de los ayudantes Garmendia y Montes y del empleado de su secretaría particular don Elías de los Ríos. Al día siguiente, a las siete de la noche, regresaron con la columna del General Angeles.

El domingo nueve, después de que el señor Madero llegó a Palacio, el Comandante Militar, General Huerta, mandó fusilar al General Gregorio Ruiz, a los dos oficiales del 20 Batallón que mandaban las guardias de Palacio la noche anterior, y a un aspirante, a quien se imputaba haber disparado su pistola esa madrugada sobre el Ministro de la Guerra. Las ejecuciones tuvieron lugar como a las doce y media, en el segundo patio del Palacio Nacional.

Minutos después, cerca de la una de la tarde, llegó al Palacio Nacional la noticia de que la Ciudadela estaba en poder de los revolucionarios y que el Mayor de Plaza, General Villarreal, había muerto defendiendo el punto. (1)

(1)—Los detalles de este Capítulo en su gran mayoría, me han sido proporcionados por alumnos del Colegio Militar, amigos míos.



CAPITULO XXXVIII.

LA CIUDADELA

El General Reyes encontró la muerte que él presentía, como he narrado más arriba. Sus nervios a ella lo arrojaron: con alguna prudencia, con mayor serenidad, el triunfo habría sido seguro, la Ciudad se habría evitado una decena trágica, en la que perecieron muchos inocentes, y el País la vergüenza de lo que ha sucedido después.

Al retirarse los Generales Félix Díaz y Mondragón, de la calle del Lic. Primo Verdad, al frente de las fuerzas sublevadas, se dirigieron, como también he expuesto, por las calles de Mina, hasta llegar a la de Rosales y de allí, al antiguo paseo de Bucareli, donde empezaron a formar su tropa, para saber cuál era el verdadero efectivo con que contaban; pero no obstante lo sucedido, tampoco tomaron ninguna precaución. Poco después, llegaron el Mayor Trías y don Enrique Zepeda; fueron ellos los que pusieron cierto orden en la columna y los que dirigieron el ataque sobre la Ciudadela. Se colocó un cañón en la Escuela de Comercio, y se distribuyó la fuerza en columnas, tomando por base la calle de Emilio Dondé.

El General Villarreal, obedeciendo las órdenes del Comandante Militar, en las primeras horas de la mañana se había presentado en la Ciudadela y había tomado

el mando del punto, a cargo hasta esos momentos del Brigadier Dávila.

Preparado el ataque desde la Calzada de Bucareli por las fuerzas del General Mondragón y don Félix Díaz, intimaron rendición a la Ciudadela, seguros de que lo haría inmediatamente, según compromiso que por conducto del Capitán Izunza, había contraído la fuerza que estaba de guarnición, y probablemente de acuerdo con el jefe, Brigadier Dávila. Pero la presencia del General Villarreal echaba por tierra los compromisos anteriores y en vez de una rendición inmediata, como estaba pactado, el Mayor de Plaza ordenó se aprestaran todos para hacer una defensa en forma. Al ver en la Ciudadela que los rebeldes emplazaban un cañón, comenzó un ligero tiroteo, que cesó a los pocos momentos, pues el General Villarreal, que era el obstáculo para la rendición, acababa de morir de un balazo que le dió uno de los oficiales comprometidos en el complot, y que en calidad de ayudante, prestaba sus servicios a su lado. La bandera blanca fué izada inmediatamente, y se procedió a las formalidades de la capitulación, entregándose prisionero el jefe del punto, Brigadier Rafael Dávila, con todos los elementos que estaban depositados en el edificio.

Los revolucionarios contaban con todo el parque de reserva que había en la Ciudad, con los cañones de los Regimientos primero, segundo y quinto que habían sacado en la madrugada de sus respectivos cuarteles, con excepción de uno que había quedado abandonado frente a Palacio, en la escaramuza de la mañana, y con sesenta ametralladoras perfectamente dotadas y la mayor parte de ellas completamente nuevas.

La muerte del General Villarreal, hacía inútil el ac-

to de heroísmo realizado por el General Lauro Villar y los subalternos que habían estado a su lado esa misma mañana. El Gobierno, con un poco de audacia por parte de los rebeldes, habría estado ese día en su poder; pero los señores Mondragón y Díaz no se movieron, se encerraron en una ratonera, dando tiempo para que se reuniera una columna fuerte, y el Gobierno se proveyera de cañones y parque, de los que ese día carecía por completo.

¡Sólo la traición podía salvarlos! La suerte les fué propicia, y en vez de ser aniquilados, después de diez días inolvidables para los habitantes de la Ciudad de México, salieron en apariencia triunfantes y llenos de regocijo. El Gobierno de Madero cayó; pero la revolución felicista, quedó frustrada. Sus propios padres la habían matado en su cuna. Los caudillos no habían tenido la audacia que se requiere en esta clase de empresas. La popularidad momentánea que rodea a todo el que aparece vencedor, tenía que esfumarse en breve plazo y el General Huerta, que había recibido el encargo de concluir con la rebelión acaudillada por don Félix Díaz, cumpliría su compromiso, sólo que iba a aniquilarla en provecho propio y con mengua del prestigio del Ejército Nacional.



CAPITULO XXIX

LA DECENA TRAGICA

Posesionados de la Ciudadela los rebeldes, el primer momento fué de expansión; pero el señor Trías y el Capitán Romero López, los llamaron a la vida real y procedieron a ordenar la gente. Como primera precaución, se apoderaron del Cuartel de los Guardias Presidenciales, con quienes no se contaba.

El Jefe de los Guardias Presidenciales, Capitán Blázquez, se encontraba en Veracruz, atendiendo a la salud de su esposa, y sabedores de esto los jefes de los rebeldes, pretendieron que el Escuadrón se les uniera; pero los Oficiales se negaron y se acordó que permanecieran neutrales. Al día siguiente, el General Mondragón derogó el acuerdo y dispuso que se incorporaran a los rebeldes; pero en la noche los oficiales, con casi todos los guardias, abandonaron el cuartel y fueron a Chapultepec a presentarse al Jefe del punto, con excepción de quince hombres y un Alférez, que obedeciendo la orden del señor Mondragón, se unieron a los rebeldes.

El Mayor Trías, una vez que colocó a los centinelas, pensó en el aprovisionamiento, y comenzaron a hacer llevar provisiones de boca, tomándolas de los almacenes de comestibles que existen en las calles Anchas. El Coronel Ignacio Muñoz, que se presentó a poco, fué designado para mandar la línea de Bucareli, establecien-